



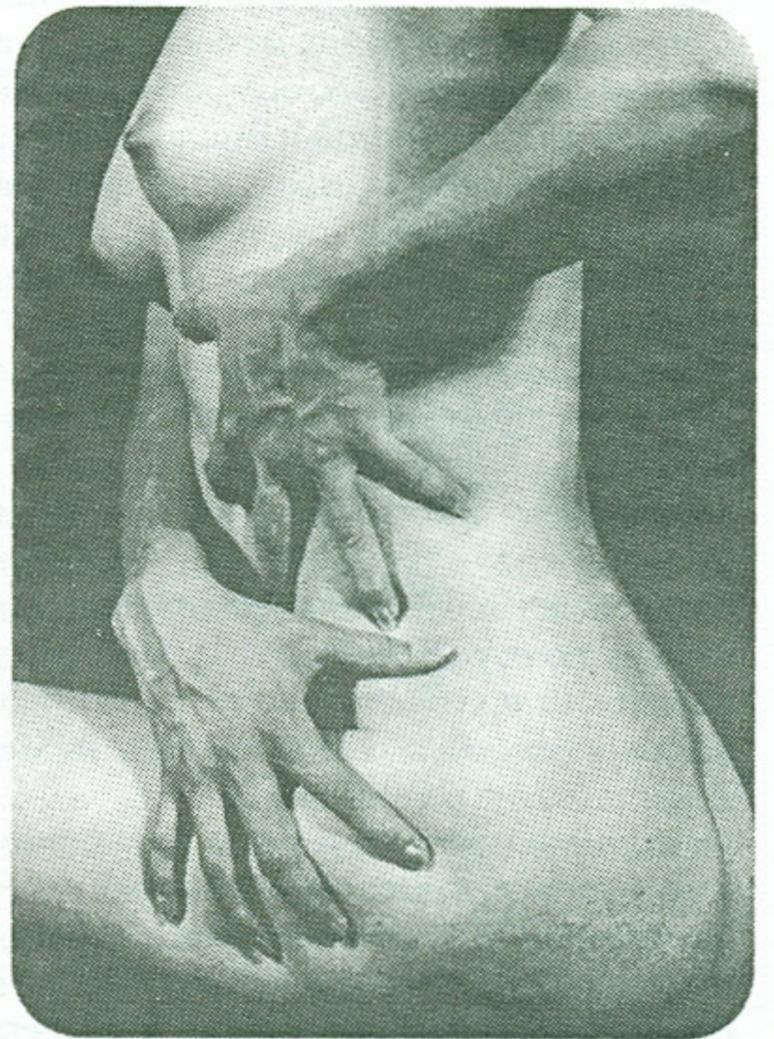
Me lo platicaron

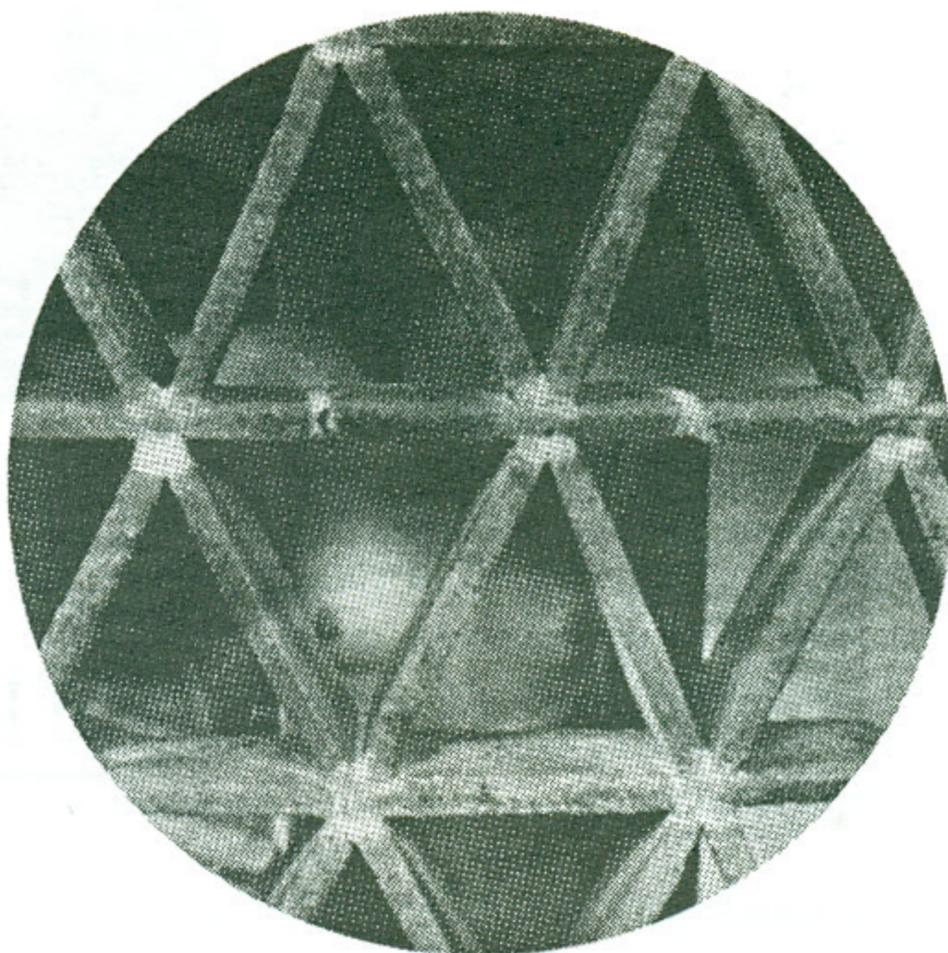
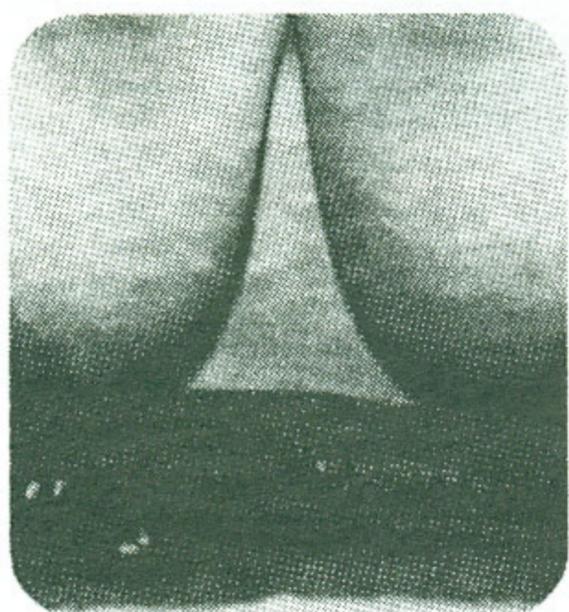
Alejandro Cárdenas

En los reventones y salidas con los cuates suceden situaciones poco usuales; nunca falta que algún alma caritativa te vea solo y te enjarete a alguna amiga o conocida. Por supuesto ni siquiera tienen la amabilidad de anunciártelo con anticipación, así que te guste o no el material proporcionado, tendrás que comportarte como caballero y tratar que la fémina en cuestión se vaya con buena impresión de ti. Esto en algunas circunstancias es muy agradable y en otras no tanto para el protagonista de la historia.

Para no balconear a nadie y salir todos bien librados de ésta, les platicaré lo que le pasó al amigo de mi amigo, que claro está nunca conocí. Me lo contaron y honestamente no tengo la menor idea si fue de verdad o sólo me chorearon. Cierta día, buscando un pretexto para poder tomarnos unas chelas y disfrutar de una peda con los cuates, un güey, que se llamaba Chucho, me contó que un pendejo de nombre Carlos asistió a una fiesta, de esas familiares que organizaba su cuate Fernando.

Cuando llegó a casa de Fernando éste le tenía una linda niña de veintitantos años; lo dejamos así para no herir el ego femenino. Martha era de cara agradable, cabello claro -obviamente pintado- y lindos ojos verdes; su único defecto, según Chucho, es que estaba un poco regordeta. Ella fue acompañada de Maru, más o menos de las mismas características, pero de cabello oscuro. Las dos niñas bien y psicólogas de una prestigiada universidad.



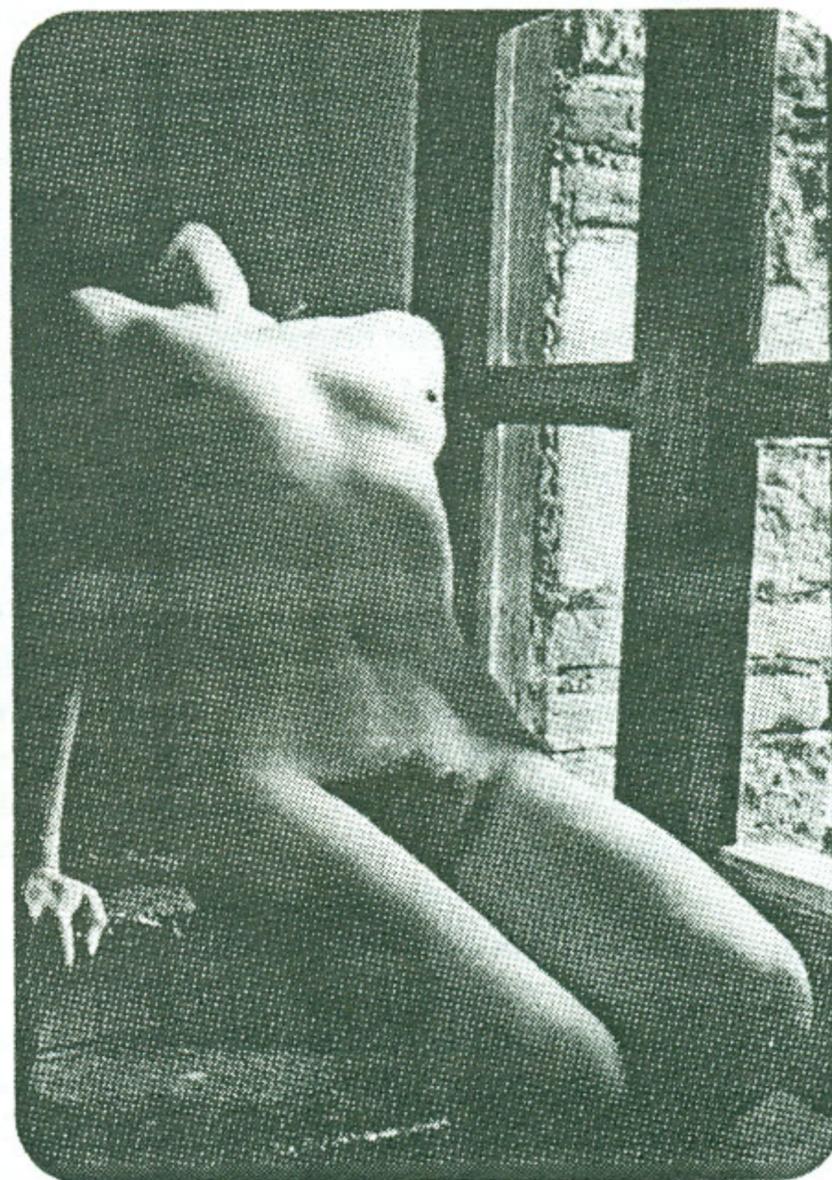


La velada empezó muy bien, con unos tequilas para animar a los invitados. Martha le dejó entrever rápidamente a Carlos sus negras intenciones; risas constantes, miradas candentes y uno que otro rozón, en valga sea la parte, le proporcionaron a éste un calor interno; aunado a una maravilloso escote en el que tenía clavada la vista y la razón. Todos los presentes observaron un rito de apareamiento. De la misma manera que el Discovery Chanel.

Maru, desilusionada porque nadie miraba su escote, no tuvo más remedio que consolarse con una botella de $\frac{3}{4}$ de tequila que se encontraba en la mesa.

La velada no duró mucho y al paso de dos horas los familiares empezaron a retirarse. Fernando se acercó a Carlos, quien tenía un semblante de lujuria y le dijo: Llegó la mejor hora, yo entretengo a la otra que está bien peda, mientras tú aprovechas. Como ya no había nadie, los cuatro se fueron a la recámara, con la supuesta intención de oír música y platicar un rato.

En el cuarto, todos en la cama, los ánimos subieron de tono y en breves instantes (y la verdad mi cuate no supo decirme cómo) Martha ya no tenía la blusa puesta, sólo un sostén largo de encaje a través del cual se asomaban dos grandes montículos rosados; su piel era blanca con pecas, el sostén estaba muy cerca de la cara de Carlos, quien alcanzaba a oler el suave perfume que emanaba





yera y se dejó caer. Frotando los bellos de su torso contra la suave textura de los pechos que enrojecían. La humedad se hizo presente y la piel buscaba una salida, el caballo empezó a trotar cuando el jinete lo controlaba con movimientos pélvicos y gemidos, que entre el animal y el amo se hacían uno solo; Carlos, con tanto movimiento, trató de despojar a la bestia de su montura para poder cabalgar a pelo... ¡NO MAMES CABRÓN! Pinche Carlos, estás sobre mi cama, si te la quieres coger mejor vete a un hotel, que me vas a manchar mis sábanas, además, no me gusta ser Vouyerista, aquí está su amiga.

de los prominentes pechos, que al juntarse a causa de la prenda íntima dejaban a la vista una larga y profunda línea, un lugar mágico en donde se podrían guardar los más preciados objetos de un hombre.

Al dejarse llevar por la oscuridad del cuarto, la música de Mecano y el calor de las copas "C" talla 38, la cama se convirtió en una batalla campal y, sin más ni más, los encajes dejaron brotar los comprimidos pechos que llevaba en su interior, entonces se llevó a cabo una verdadera lucha de Sumo, la que más fuerte dominó el terreno. Carlos, montando a caballo, gozaba como un panadero al estrujar la masa, dándole forma a las aureolas y pellizcando los pezones. Al ya no soportar más el calor de las carnes que jugosamente ardían debajo de él, se deshizo de la pla-

